

Manuel Ochando Ortiz

VIAJE A LOS CAMPAMENTOS SAHARAUIS DE TINDUFF (ARGELIA) Y A TIFARITI, EN LOS TERRITORIOS LIBERADOS DE LA REPÚBLICA ÁRABE SAHARAUI DEMOCRÁTICA (R.A.S.D.)

Manuel Ochando Ortiz

Presidente del Instituto Almenara para el progreso y el desarrollo de Andalucía.

Socio de la Asociación de Amigos del Sáhara Libre de la Provincia de Jaén

PRIMERA PARTE

EL COMIENZO DE UNA EXPERIENCIA

En el año 2010 me aconsejaron que fuera a los campamentos saharauis de Tinduff, que se encuentran en pleno desierto argelino, para que conociera a la familia de Abdelmunam, niño saharauí que trajimos varios años a Jaén, a través de la Asociación de Amigos del Sáhara Libre de la Provincia de Jaén ..., de Linares, con el programa “Vacaciones en Paz”. Para que pasara en nuestra tierra dos meses, del 15 de Junio al 15 de Agosto, aproximadamente.

En ese tiempo pasó una revisión médica y se le pusieron las vacunas que necesitaba. Tomó una alimentación rica y equilibrada con el fin de que supliera algunas carencias alimentarias que traía de los campamentos de refugiados de Tinduff, donde la alimentación que toman los niños es escasa y poco variada. Por ejemplo en la revisión que le hicieron a Abdelmunam en ese año, le detectaron que tenía carencia de hierro. Tras el diagnóstico, el médico le recetó lo pertinente, y cuando el niño regresó al Sáhara se encontraba restablecido y con una buena salud.

Aquí, entre nosotros, los niños que trae a Andalucía, y en concreto a la provincia de Jaén nuestra Asociación, se reponen de sus carencias y disfrutan de abundantes baños, ropa adecuada, buena comida, diversión y todo el cariño que podemos darles a los hijos del sufrido pueblo saharauí.

Lentamente, pero sin detenerse, fueron pasando los últimos días del año 2010. Un día recibí un correo electrónico de la Asociación, indicándome a qué nº de cuenta y banco tenía que hacer el ingreso del billete de avión que junto a otros compañeros/as nos llevaría de Sevilla a Tinduff el viernes 25 de Febrero del 2011, a doce personas en total de nuestra Asociación. En el mismo también se nos indicaba que el Gobierno de la R.A.S.D. nos

facilitaría los medios para ir desde el aeropuerto de Tinduff a los campamentos de refugiados saharauis. Y en la vuelta, desde éstos al aeropuerto de Tinduff.

Se nos comunicaba también que el hospedaje y manutención correría a cargo de las familias saharauis. Nuestro pasaporte debía de estar vigente, como es lógico y se nos recomendaba llevar: linterna (después supe lo utilísima que era en los campamentos), papel higiénico, ropa ligera y sufrida, calzados sin tacones, y un neceser personal para nuestra higiene.

Siendo sincero pensé para mí: “Ha llegado la hora de la verdad Manuel, de esta no te escapas. Estás a punto de pisar el “Tercer mundo” con sus peligros y miserias. Una sombra de rechazo a hacer este viaje quiso apoderarse de mí. Pero las ganas de conocer a la familia de Abdelmunam, de ver cómo eran los campamentos de refugiados, de vivir unos días en pleno desierto, empaparame de esa fuente de conocimiento que la vida me ofrecía, pudieron más que todos los pensamientos negativos que se agolpaban en mi cerebro.

La suerte estaba echada, ingresé el dinero del billete de avión: 598 euros, en la cuenta que me dijeron, y a partir de ese momento me preparé psicológicamente para viajar a la Hamada argelina, el gran desierto de África.

El día 25 de Febrero del 2011 salí temprano de Jaén hacia Linares. Llegué a la casa de Paco Gutiérrez, el presidente de la Asociación de Amigos del Sahara libre. Al poco tiempo llegaron los que nos acompañarían al viaje. Cargamos el equipaje en la furgoneta de la Asociación y nos despedimos de amigos y familia.

Eran las 14'30 horas cuando salimos de Linares rumbo al aeropuerto de Sevilla. Viajábamos ocho personas, cuatro hombres y cuatro mujeres (los otros cuatro viajaban con sus propios medios). Antes de las seis de la tarde llegamos al aeropuerto. En el camino nos habíamos parado en un bar para tomar un bocadillo con una cerveza. Al mundo al que íbamos la echaríamos en falta porque no existe ni para los extranjeros. Después tomamos un café que saboreamos con gusto.

Ya en el aeropuerto bajamos el equipaje del vehículo y Paco fue a aparcarlo. Estaría allí todo el tiempo que estuviéramos en el Sáhara. Después el aparcamiento y el gasoil lo pagaríamos entre los ocho viajeros que íbamos en la furgoneta. Las otras cuatro personas de la Asociación viajaban aparte como he indicado anteriormente.

Yo y otro compañero fuimos a coger unos carritos para transportar el equipaje. Después seguiría la aburrida espera en las colas para facturar. Nos dijeron que sólo podíamos llevar veinte kilos en la maleta más cinco en la mochila. La realidad fue que unas compañeras de viaje de La Puerta de Segura (Jaén), lograron pasar sin sobretasa de precio, cincuenta kilos cada una en sus maletas. Yo me quedé asombrado, porque en Linares saqué cosas de mi maleta por temor a que no me las dejaran pasar.

Facturamos y pasamos el control de pasaportes, mochilas, y nosotros bajo el arco del escáner. Pasé bien ya que no llevaba ni siquiera una pequeña navajita para comer. Me habían dicho que ni navajas ni líquidos en la mochila. Esperamos en otra sala y por fin

poco antes de las nueve de la noche empezamos a caminar por el túnel que nos conducía al avión de las líneas aéreas argelinas.

Paco nos había advertido que nos situáramos en la cola del avión, porque si bien en esa zona del avión se oye más ruido, se tiene la ventaja que los azafatos y azafatas empiezan a repartir por allí las viandas. También los servicios están al lado y no hay que atravesar todo el avión. La aeronave con todos los asientos ocupados iba a transportar a cerca de doscientas personas.

Nos dijeron que nos pusiéramos los cinturones, y seguidamente el avión comenzó a las veintiuna horas a circular hacia la pista de despegue. Situado allí, aceleró los motores al máximo y nos lanzamos hacia adelante. Inclinado hacia arriba, con las luces del interior apagadas se fue alejando del suelo. A mí me invadió una sensación extraña. Ya no había vuelta atrás, un mundo nuevo y enigmático para mí sabía que me aguardaba.

El representante de la R.A.S.D. en Andalucía, Abidín, que nos acompañaba había informado poco antes que por fin este vuelo sería directo de Sevilla a Tinduff. Esto nos acortaría en muchas horas el viaje, ya que de no ir directos a Tinduf como antes habría que hacer escala en Orán o Árgel, repostar y esperar en el avión hasta que despegara de nuevo en dirección a Tinduff.

Cuando alcanzamos el techo de vuelo al poco tiempo los azafatos nos sirvieron la cena, con ausencia absoluta de alcohol. El pollo frío, comentaba Paco con humor, era el mismo que ponían en todos los viajes. Yo intenté comer algo y no ser delicado, pues sabía que comidas más extrañas e indigeribles para un occidental me podrían aguardar.

Terminamos de comer cuando llevábamos más de un hora de viaje. Debíamos estar encima del mar. **La nostalgia me invadió, pensé en mi familia querida, en mis amigos, en la fértil y generosa tierra de Andalucía, mi querida Patria.** Ojalá que el destino me protegiera y la pudiera volver a ver.

Cuando se hace un viaje al tercer mundo nunca se sabe lo que nos puede suceder. En Andalucía, en España, todo está cerca, a mano, es un mundo que conocemos, el que nos ha visto nacer. Nos sentimos seguros en él. Sabemos en la dificultad a quien acudir, todo lo que nos rodea es conocido y nos arropa. Es nuestra cultura, la servimos y nos protege. Somos nosotros los que en cada momento marcamos lo que se debe de hacer. Los extranjeros son los que no saben, los que tiene que aprender de nosotros. Nos sentimos el centro del mundo, importantes y necesarios para la comunidad en la cual vivimos.

Poco a a poco me fui tranquilizando, hablé con un viajero saharauí que se sentaba cerca de mí. Lo de hablar es un decir, le hacía mímica acompañando las palabras. No se enteraba de nada. Luego supe, cuando me lo dijo Paco, que el que no se enteraba era yo, porque el aludido saharauí era completamente sordo.

Me adormilé un poco, al despertar oí una llamada en francés por el altavoz del avión que nos indicaban que debíamos ponernos los cinturones, el avión iba a comenzar a descender para aterrizar. Estábamos sobre el cielo de Tinduff. Miré por la ventanilla y observé un rosario de luces de esta ciudad del desierto.

Con maestría el comandante de la aeronave poco después aterrizó suavemente en la pista. Todos los pasajeros le hicimos un coro de palmas. Eran las 11´30 horas de la noche. El vuelo había durado dos horas y media.

Poco a poco, Mochila al hombro fuimos bajando del avión. El túnel que conecta el aeropuerto con el aeroplano no estaba. En su lugar habían puesto la clásica y antigua escalerilla para bajar del avión. El primer mundo lo habíamos dejado atrás.

Seguí a Paco en dirección a las oficinas del aeropuerto de Tinduff. Un modesto edificio sin ningún tipo de lujo. Sencillo y no muy amplio. En ese momento me acordé de la belleza, amplitud y comodidad que tiene el aeropuerto de Sevilla.

Los policías argelinos nos aguardaban, vestidos con su uniforme azul claro. Nos dieron una cartulina para que la rellenáramos. Estaba escrita en francés. Primera dificultad para los que no dominamos este idioma. Por suerte para mí, una cooperante veterana de La Gomera, llamada Carmen, se ofreció a rellenármela. Le di mis datos y lo hizo rápido. Lo hizo a tiempo, Paco me indicaba ya que pasara por una de las cabinas de control de policía. Así lo hice, entregué mi pasaporte y la cartulina mencionada. El policía miró sin prisa meticulosamente la documentación. Me miró varias veces, mientras yo pensaba: ¿qué querrá éste de mí? Al fin me devolvió los documentos indicándome con gestos que pasara la mochila, la correa, el móvil y “la mariconera” por el escáner. Lo hice y a continuación pasé yo por el arco del escáner.

Todo fue bien, y por fin pude pasar a la sala exterior del aeropuerto.

Esta era una sala rectangular no muy espaciosa. En uno de sus extremos se ubicaba una cinta rectilínea para evacuar las maletas y bultos. Me comentaban que hasta hace poco era una cinta de rodillos sobre los cuales se deslizaban los equipajes a fuerza de empujones.

Con el fin de ayudar a evacuar rápido el equipaje me puse en el extremo de la cinta, y para que las maletas y bultos no cayeran al suelo los iba cogiendo y dándoselos a sus dueños, u a otro compañero para que los apartara.

En esta ocasión la suerte no me acompañó porque mi maleta salió la penúltima. La última fue la de Paco Gutiérrez, el Presidente de la Asociación. Por tanto me tocó pulsearme casi todo el equipaje del avión. Terminé francamente cansado de tanto mover bultos.

He de aclarar que la maleta de Paco no llegué a cogerla, porque ésta había sido retenida en el control de equipaje que tenía la policía. La habían abierto y le estaban requisando varias botellas de vino que llevaba. Está prohibido entrar vino en Argelia. Por tanto el amigo Paco, con la experiencia de sus muchos años viajando a los campamentos saharauis, se tuvo que emplear a fondo con la policía, pues consiguió que al menos le devolvieran dos botellas de vino de las que le habían requisado.

Solucionados todos los problemas, Paco nos dijo que lo siguiéramos al exterior del edificio del aeropuerto. En ese momento un pasajero me dio mi “mariconera” que, desclipándose, se me había caído al suelo sin que yo me diera cuenta. Se lo agradecí muchísimo a la persona que mostró ese gesto de honradez. En ella tenía mi pasaporte y DNI., además de todo el dinero que llevaba para darle a las familias de los niños que habíamos tenido en Andalucía, más otra reserva de dinero que llevaba para darle a otras personas y también para cubrir cualquier inesperada sorpresa que me pudiera acontecer.

Menudo problema se me hubiera planteado si la hubiera perdido. Por suerte el super **Ángel de la Guarda**, que dice mi amigo Pepe Rubia que tengo, me protegió de esa calamidad.

Afuera nos estaban esperando los conductores que el Gobierno Saharaui había enviado para recogerlos y llevarnos a los campamentos de refugiados. Los cooperantes nos dividimos en varios grupos, en función de la Wilaya y de la Daira a la que se iba. Aclaro para los neófitos que Wilaya es una unidad territorial que agrupa un número determinado de Dairas (pueblos o campamentos), que dispone de los servicios básicos que tiene la administración del Gobierno Saharaui como son:

El Protocolo, que es donde el gobernador de la Wilaya recibe a los visitantes cuando tienen que hacer alguna gestión. Un hospital básico. El control de la policía o ejército. Servicios para la distribución del agua y gas a las dairas. Centros para la promoción de mujeres con talleres especializados en algún tema, etc. Pero todo ello como después vi, hecho muy básicamente y con materiales muy humildes.

Paco abrazó a Hamada para saludarlo. Éste es un saharauí con una edad próxima a los cuarenta años. Un hombre muy correcto y amable. Él era el conductor que llevaría a nuestro grupo a los campamentos. Estaba compuesto por Paco, Amparo, Mari Charo y yo.

Hamada cargó el equipaje en el viejo Toyota todo terreno con matrícula GSH (Gobierno Saharaui). Después Paco se montó en el asiento delantero junto a él. Amparo, su hija y yo nos sentamos en los asientos de atrás.

El todoterreno se alejó con nosotros por una carretera alquitranada, estrecha pero bien iluminada con farolas en todo su recorrido. El aeropuerto lo dejamos atrás. Hasta ahora todo era relativamente cómodo. Al cabo de algunos km. de recorrido la carretera se terminó, y con ella las luces.

Hamada sin pensárselo dos veces se internó por el desierto en la oscuridad de la noche campo a través. Yo no veía camino alguno, ni carril, ni nada. Sólo la oscuridad del desierto. Las luces de Tinduff quedaban atrás inmensamente lejanas.

Reflexioné preocupado, que me pasaría si quedara sólo en aquella lejana soledad. Sin conocer el árabe, sin señal alguna que indicara un lugar a donde ir. Días después le preguntaría al saharauí Hamada como se podían orientar en la planicie de ese desierto, sin accidentes geográficos notables, sin rótulos indicadores, y en la oscuridad de la noche.

El día que esto le pregunté con una fina sonrisa Hamada me contestó:

-Los saharauis tenemos los caminos grabados en nuestra mente.

Su respuesta puede parecer extraña, pero tal vez tenga algo o mucho de verdad. Pues la realidad es que estos habilísimos conductores raramente se pierden en las arenas del desierto.